

## SERMON

### PARA EL VIERNES SANTO POR LA TARDE.

#### Soledad de María Santísima.

*Facta est quasi vidua domina gentium.*

Ha quedado como viuda la señora de las naciones.

Thr. cap. I, v. 1.

¿Estas contenta, posteridad de Adán? ¿Seguirás por mas tiempo vertiendo lágrimas al verte desheredada del cielo? ¿Gemirás aun en las orillas de los rios de tu dolor? Pero no: no fijes ya tu vista en el Paraiso, sino en el Gólgota; no en el árbol de la perdicion, sino en ese de bendicion donde ha exhalado su postrimer aliento el libertador de las naciones. Sí, hijos desgraciados del padre prevaricador, ya sois felices; necesitabais un Redentor; el Señor que es tan pródigo en misericordias lo habia ofrecido: los profetas le habian anunciado con todas las señales de su nacimiento, y los justos habian suspirado por el dia feliz en que redimidos los hombres pudieran esclamar: «Ya somos felices; ya se han roto las duras y pesadas cadenas de nuestra esclavitud, ya podemos de nuevo llamarnos hijos de Dios.»

Hemos, pues, conseguido nuestra libertad y aquella patria feliz, cuyas puertas cerradas se encontraran con duros y fuertes cerrojos, van á abrirse para que penetre por ellas triunfante de la muerte el Redentor de la humanidad Cristo Jesus, y abiertas quedan para todos aquellos que se quieran aprovechar de los frutos de la Redencion. Mas cristianos, no os entregueis tan solo al gozo y al regocijo al veros redimidos: parad vuestra consideracion en lo mucho que costó esta redencion y acompañad en este dia á la Esposa del immaculado Cordero, que vestida del mas riguroso luto, desnudos sus altares y habiendo suspendido sus alegres cánticos, se entrega al dolor y al desconsuelo.

Con espíritu de piedad y la mayor compostura habeis ya asistido á este templo y no habeis podido menos de pagar un tributo de lágrimas á la muerte del Redentor, cuyos grandes tormentos sufridos desde su prision en el Huerto hasta que exhaló su postrer aliento en el madero santo, escuchásteis conmovidos. ¿Pero padeció solo el Salvador? ¿No hubo quién le acompañase en sus tormentos, quién padeciese con él? ¡Ay, mis hermanos! que ya os veo fijar vuestras miradas compasivas en esa enlutada imájen que teneis á la vista. ¿La conoceis? ¿Sabreis decirme quién es? No me digais que es la hermosa María: decidme sí que es la amarga Madre del Salvador, porque el Omnipotente ha llenado su alma de la mayor amargura (1). Concluyeron los tormentos de Jesus al espirar en la cruz: no mas se verá azotado ni coronado de espinas: no mas le dejará caer en tierra la malicia de los pérfidos judíos: no mas dolores tendrá que sufrir el mansísimo

(1) Ruth. cap. I, v. 20.



Cordero de Judá; su cadáver será depositado en el sepulcro con la mayor reverencia, y de él saldrá triunfante al tercer día. Pero María no muere, y si bien había sufrido en su corazón cuanto su Divino Hijo en todo su cuerpo, quedábale aun que apurar el amargo cáliz del dolor: ¡María separada del Hijo de sus entrañas, sobre el cual cae la losa sepulcral!... ¡María sola!... ¡María que tanto había sufrido, tener que retirarse sin su Jesús del Calvario!... Confieso, cristianos, que no quisiera pesara sobre mí el encargo de pintar el lúgubre cuadro de la soledad de María. Yo me encuentro como un tierno parvulillo que no sabe explicarse: busco espresiones y no las encuentro, porque la soledad de la Santísima Virgen no puede explicarse. Era menester ser ella misma, estar dotado de sus mismos afectos, padecer lo que ella padeció, para poder comprender lo que sufrió su maternal corazón en la pasión y después de la pasión de su Santísimo Hijo. Yo oigo esclamar al Profeta de los lamentos: «Ha quedado viuda la Señora de las naciones» y veo que estas espresiones fueron dichas proféticamente de María: *Facta est quasi vidua Domina gentium*.

Y en efecto, María ha quedado como viuda: faltándole su Hijo, le ha faltado la luz de sus ojos, la vida de su alma, y su aflicción ha llegado á su colmo. Lloro inconsolable sin encontrar en nadie consuelo que mitigue la pena amarga en que rebosa su corazón. *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consolatur me* (1). ¿Permaneceremos nosotros indiferentes á sus angustias? ¿No tendremos una lágrima que ofrecerle, siquiera sea en justo tributo de noble gratitud?

(1) Thr. cap. VI, v. 21.

¿No la acompañaremos en su soledad, llorando con ella la muerte de su Benjamín amado? Sí, cristianos: con este objeto nos hemos reunido bajo las bóvedas de este augusto santuario: el deseo de acompañar á la Santísima Virgen en su soledad nos ha obligado á abandonar nuestros hogares. Pues bien, yo os convido á que en espíritu vengais conmigo al Calvario, á ese lugar santificado con la preciosa sangre de un Dios hombre, para que llenos de compasión escuchéis los lamentos de María, para que oigais los clamores de la Señora de las naciones, que en la muerte de su Hijo ha quedado como viuda: *Facta est quasi vidua Domina gentium*. Atended, pues, al giro que voy á dar á mi oración. Para escitar vuestra ternura y gratitud, yo os haré ver los *grandes padecimientos de María Santísima en su soledad*. Primera parte. Para que en adelante trabajéis por aprovecharos de la sangre del Hijo y de los dolores de la Madre, os manifestaré que *contribuyó á hacer mas amarga su soledad el desamparo en que habian de dejarla en los futuros tiempos los pecadores*. Segunda parte. Una y otra os harán conocer cuán devotos y agradecidos debemos ser á la Santísima Virgen, por lo que cooperó á la obra de nuestra redención.

Para el mejor acierto, y puesto que la Iglesia reconcentra hoy su culto á la Santa Cruz, porque en ella se ha obrado la salvación, saludémosla con la mayor reverencia. *Ave cruz*, etc.

#### PRIMERA PARTE.

Un silencio sepulcral reina en el monte de las Calaveras: Jesús ha espirado, y aquella chusma infame que le ha sacrificado vuélvese á Jerusalén, blasfemando todavía del inocentísimo Cordero cuya sangre ha



hecho correr á torrentes. ¿Quién queda, pues, en el Calvario? ¿Qué pasa ahora en aquel lugar ya santificado? Fijad allí vuestra vista. ¡Tres cruces!... Dos malhechores ocupan las de los extremos, uno infeliz y desgraciado, y el otro bienaventurado porque ha reconocido antes de morir la santidad del que pende de la cruz del centro, y ha recibido los rayos vivificantes del Sol divino de justicia. Hay tambien una pequeña guarda, que rodea el cadáver del Redentor; pero todos permanecen en silencio: sus corazones estaban conmovidos; el estremecimiento de la naturaleza, la tristeza de los astros, los demas acontecimientos que habian tenido efecto á la muerte de Jesus, les habian dejado suspensos, y no se atrevian á articular palabra. ¿Se habrian abierto sus ojos? ¿Conocerian ya que la muerte de aquel hombre habia sido un horrendo sacrilegio? Pero no nos detengamos en nuestras observaciones. ¿Qué mas se descubre en el Calvario? ¡Ah! una mujer!... Y esta mujer inmóvil, se halla asida á los piés de la Cruz del Redentor: su vista está fija en el sagrado cadáver, y de tal modo padece, que embargada su garganta ni puede quejarse en su afliccion. Esta mujer que asi sufre, que de un modo tan cruel padece, es la Madre de Jesus, de ese Jesus Divino que está pendiente de aquel leño. ¡Qué escena mas cruel! ¿Quién será capaz de describirla con vivos colores? ¡Ah! el Eterno Padre se habia mostrado inexorable con su Hijo, pero este ha concluido ya de padecer, y todos los padecimientos reconcéntranse en el corazon amante de su Madre.

Así inmóvil permanece hasta la llegada de los piadosos varones que con el mayor cuidado y reverencia bajaron de la Cruz el sagrado cadáver, entregando

á su Madre los crueles clavos que le habian aprisionado al Santo madero. ¡Qué nueva afliccion! ¡Qué dolor tan profundo para aquella Madre que contempla los instrumentos de la crucifixion! María que ya está coronada con una corona de tribulacion, recibe tambien en sus manos la de espinas que habia ceñido las divinas sienes del Hijo de sus entrañas. ¿Por qué, diria, habeis ¡oh espinas crueles! martirizado cruelmente la hermosa cabeza de mi Jesus? ¿Por qué no fuisteis puestas en la mia, y perdonásteis á ese inocentísimo Cordero, que á nadie hizo mal, que á tantos hizo participantes de sus beneficios y bondades?

Mas ¡ay! señores, el tiempo corre, y el sagrado cadáver debe ser colocado en el sepulcro. María es una mujer singular, es una heroína admirable: con sus mismas manos lava el cuerpo de su Hijo, cubriendo sus heridas con el bálsamo aromático, cierra sus entreabiertos ojos, le abraza, y conforme como siempre lo estuvo con la voluntad del Eterno Padre, entrega aquel sagrado depósito del que nunca hubiera querido desasirse. Camina llena de valor hasta el sepulcro que riega con sus lágrimas, dále el último adios y vuélvese al Calvario. ¿Y con qué objeto? Con el de ser la primera que adore la Cruz, que si hasta aquel momento ha sido objeto de horror y espanto, será en los siglos futuros objeto de adoracion de las naciones y la perla de mayor valor que adornará las diademas de los monarcas.

Jeremías habia visto á través de los siglos la afliccion de esta bendita Madre, y esclama: ¿cómo está sentada sola la ciudad? *¿Quomodo sedet sola civitas* (1)?

(1) Thr. cap. I, v. 1.



¡Ah! Que ha quedado como viuda la Señora de las naciones: *Facta est quasi vidua domina gentium*. ¡Cuán amarga sería la soledad de María Santísima, cuando adora el santo leño donde su Hijo había sido crucificado! Luego que esta Señora se vió de nuevo en el Calvario, entonces es cuando experimenta lo amargo de su Soledad. ¿Dónde está, diría, mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Soberano Maestro? ¿Dónde está el que era mi gozo y mi alegría? ¡Ah! que en vano le busco por todas partes, porque no podré encontrarle. He perdido á mi Jesus, y con él todo lo he perdido y me he quedado como triste y desamparada viuda: mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza y aun la misma luz de mis ojos no está ya conmigo (1). Con tan tristes lamentos esclamaba la afligida María en el desierto de su soledad amarga. Todo cuanto en su soledad pensaba, todo cuanto veía, todo cuanto iba ocurriendo, era nuevo motivo de dolor y angustia para su alma, como se espresa San Bernardino de Sena (2).

Y en efecto, María cuyas miradas se dirigen al árbol santo de la Cruz, recuerda todos los padecimientos de su Hijo: representasele el furor de los judíos: le vé de nuevo caer en el camino del Calvario: resuenan en sus oídos los ecos sacrílegos de los que le maldecían: aun le parece escuchar el ruido que producen los golpes del martillo con que le aprisionaran en la Cruz, y todos estos recuerdos son otras tantas afiladas cuchillas que parte á parte atraviesan su co-

(1) Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea: et lunem oculorum meorum, et ipsum non est mecum. Ps. XXXVII, v. 11.

(2) Quidquid occurrebat, afflictio, fuit. D. Bernandin. l. 4, Sermon. 2 de Mar. c. 3.

razon. ¡Oh purísima María, os diré yo con San Anselmo: toda la crueldad que se haya usado con los mártires, es muy leve comparado con vuestros padecimientos! *Quidquid crudelitatis influctum est corporibus Martyrum, leve fuit comparatione tue passionis, O Virgo*.

¡Cuán dolorosa no sería para María esta soledad cuando no podía detener el copioso llanto que corria por sus mejillas. *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus* (1). Todo el tiempo de su soledad, lo invirtió en llorar alimentándose tan solamente con sus lágrimas, como lo había anunciado el profeta de los Salmos (2). Pero en medio de tanta aflicción no hay quien la consuele, ni aun los mas amigos. ¿Cómo es esto? me preguntareis vosotros, ¿no acompañaban á la Santísima Virgen los piadosos varones José y Nicodemus, San Juan y las Marías? Así fué ciertamente, y cuando la Señora volvía del Calvario al Cenáculo, salían de sus casas muchos judíos que la fueron acompañando y llorando, como dice San Buenaventura, y los mismos apóstoles fueron al día siguiente á acompañarla y á pedirle perdón humildemente por la cobardía que habían mostrado. Pero señores, por mas que ellos quisiesen consolarla y enjugar sus lágrimas, ¿podrían conseguirlo? Bien sabeis que pasan algunos días, primero que empieza á consolarse una madre cualquiera cuando la muerte le arrebató al hijo único á quien amaba y en quien tenía sus delicias: y si esto sucede en el orden natural, ¿qué consuelo podía encontrar una madre como María en la pérdida de un hijo como Jesus? Hubo es verdad, quien llorase por ella en su soledad amarga, pero no

(1) Thr. cap. 1, v. 2.

(2) Ps. XLI, v. 4.